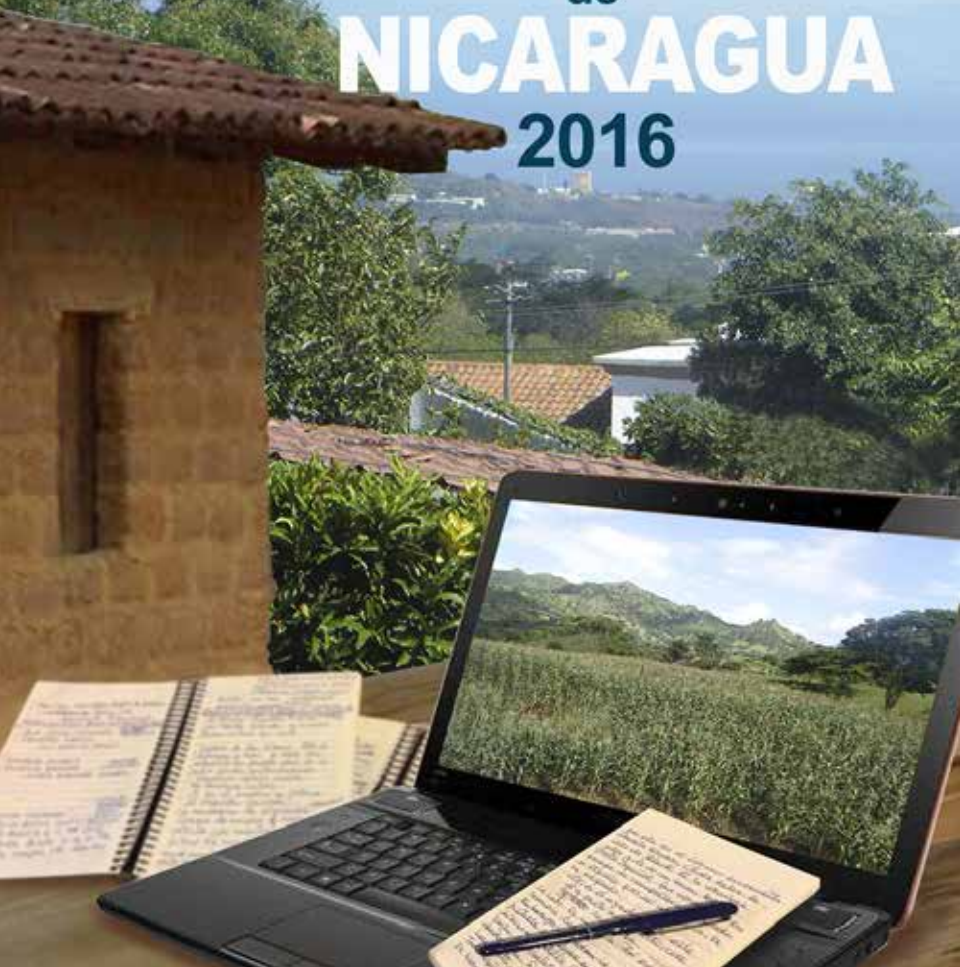


# Letras Jóvenes de NICARAGUA 2016





# Letras jóvenes de Nicaragua 2016

---

*Textos de seis jóvenes narradores que resultaron seleccionados en el I Concurso de Narrativa Breve «Edgar Escobar Barba», año 2016, convocado por Acción Creadora Intercultural (ACIC).*

---

N

863.44

L649

Letras jóvenes de Nicaragua (2016) /  
Kalia Lucía Blandón Vargas... [et al] ;  
Ernesto Chamorro López, il. -- 1a ed.  
-- Managua : ACIC, 2016  
104 p.

ISBN 978-99964-924-0-2

1. CUENTOS NICARAGÜENSES-SIGLO  
XXI / LITERATURA NICARAGÜENSE

© ACIC

/ 1ra edición 2016.

© *Autores incluidos en la obra*

**Edición:** Pedro Alfonso Morales

**Diseño, diagramación**

**y portada:** Tito Chamorro L.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

# Índice

**Acta del Jurado /7**

**Presentación /11**

**Kalia Lucía Blandón Vargas /15**

El hombre accidentado /17

Las siete aves /21

**Oscar Ignacio Álvarez Rápalo /23**

Así es esto /25

Viaje a la eternidad /27

Entre el bosque y la lluvia /28

Muerte en luna llena /33

Una patada a la muerte /39

**Eduardo José Gómez González /41**

Ojos de papel /43

El muerto y el ataúd /44

Martina y su huevo /45

Cholo /47

**Eliezer Ezequiel Torres Sequeira /49**

De noche todas las bolsas son negras /51

Te ronda, por las noches /54

Murcielaguitos /57

Plastilina /63

Plaga de sapos /69

Animalada: El Pizote y el Mono /72

**Óscar Alberto Gómez Salas /75**

Semaforientos ojos /77

Ruido /80

La música era terrible /84

**José Luis Calero Espinoza /91**

Así terminan /93

Xochil y Tepelt /97

Los piratas guerreros y Xoltxiré /101

## **Acta del Jurado**

### **I Concurso de Narrativa Breve «Edgar Escobar Barba»**

Los suscritos Miembros del Jurado para el I Concurso de Narrativa Breve «Edgar Escobar Barba», convocado por «Acción Creadora Intercultural» (ACIC) con sede en Managua, para jóvenes de 18 a 30 años de edad, en el período comprendido, entre el 01 de enero al 31 de marzo de 2016, quienes después de leer siete colecciones de cuentos con seis cuentos cada una, para un total de cuarenta y dos cuentos recibidos, resuelve:

Que leídos y analizados los 42 cuentos en siete colecciones participantes, ha sido seleccionados, por su calidad literaria y técnicas usadas, 23 cuentos para que formen parte de un libro colectivo. Los siguientes textos fueron los seleccionados:

#### **Colección 1: firmada por Amanecer**

No se seleccionó ninguno

#### **Colección 2: firmada por Agima:**

1. Así es esto
2. Viaje a la eternidad
3. Entre el bosque y la lluvia
4. Muerte en luna llena
5. Una patada a la muerte

**Colección 3: firmada por La Bala Perdida:**

6. Semaforientos ojos
7. Ruido
8. La música era terrible

**Colección 4: firmada por La literatura fuente de valores:**

9. Así terminan
10. Xochil y Tepelt
11. Los piratas guerreros y Xoltxiré

**Colección 5: firmada por Especie endémica:**

12. De noche todas las bolsas son negras
13. Te ronda, por las noches
14. Murcielaguitos
15. Plastilina
16. Plaga de sapos
17. Animalada: El pizote y el Mono

**Colección 6: firmada por Cherepo:**

18. El muerto y el ataúd
19. Cholo
20. Ojos de papel
21. Martina y su huevo

**Colección 7: firmada por Antorcha:**

22. El hombre accidentado
23. Las siete aves



Una vez abiertas las plicas, estos cuentos pertenecen a los siguientes jóvenes escritores: Oscar Ignacio Álvarez Rápalo (Masaya); Óscar Alberto Gómez Salas (Managua), José Luis Calero Espinoza (Granada); Eliezer Ezequiel Torres Sequeira (Managua); Eduardo José Gómez González (Telica); Kalia Lucía Blándon Vargas (León).

Dado en la ciudad de Managua, a las dieciocho horas del cuatro de mayo de 2016.

Firman: Alba Rosa Pastora, profesora y ensayista, Masaya; Mauricio Paguaga Rivera, escritor, Estelí; David Róbinson Orobio, profesor, poeta y escritor, República de Panamá.



## *Presentación*

«Acción Creadora Intercultural» (ACIC), como su nombre lo indica, es una asociación que promueve el libro y la lectura, la creatividad, la imaginación, la libertad, la interculturalidad, y tantos valores de los niños, la juventud, el magisterio, y los artistas en general de Nicaragua.

Con este propósito expreso: crear desde la juventud, promoviendo los espacios y los tiempos de los jóvenes, ACIC, presentó en enero de este año, las bases del I Concurso de Narrativa Breve «Edgar Escobar Barba», en homenaje de quien soñaba con el trabajo de los jóvenes y sus insignes aportes a la literatura nicaragüense.

Esta primera convocatoria tuvo una respuesta muy positiva por la cantidad y la calidad de los trabajos recibidos en el concurso. Tal como

se lee en el Acta del Jurado convocado para esta ocasión, se recibieron un total de siete colecciones de cuentos de seis cuentos cada muestrario, para un total de 42 piezas recibidas.

El Jurado Seleccionador, formado por tres notables poetas, ensayistas, escritores y críticos literarios —Alba Rosa Pastora, nicaragüense; Mauricio Paguaga Rivera, nicaragüense; y David Róbinson Orobio, panameño— seleccionó 23 cuentos que ahora forman parte de este libro iluminador de la juventud nicaragüense.

Y traigo a colación el término «Iluminador», porque la muestra presentada en esta obra, aunque no es representativa del país, muestra el quehacer literario de seis jóvenes de cuatro ciudades del país: dos de Managua, dos de León, uno de Masaya, y otro de Granada. En el futuro vendrán más oportunidades para presentar trabajos creativos de todos los jóvenes del país.

Las 23 piezas, textos o cuentos son iluminadores, porque nos reflejan de algún modo, qué piensan los jóvenes de la vida, el mundo y el ser; qué temáticas les preocupa en sus edades y cómo las abordan; qué técnicas narrativas aprecian y dominan como forjadores de nuevas realidades literarias...

Y más aún, cuánto compromiso y responsabilidad manifiestan los jóvenes con la palabra,

con el libro y el oficio creador, con la imaginación y la creatividad de sus trabajos. Todos merecen mis felicitaciones y, estoy seguro que, si se forjan con el amor que las palabras exigen en la vida de la literatura, las palabras hablarán por ellos.

Así, encontramos diversos temas y variados estilos: desde las preocupaciones cotidianas sobre un accidente, una sala de hospital, el medio ambiente, las lecciones que aprendemos de los pájaros, el planeta y sus virtudes, el bosque y sus rebeliones, el sueño y la realidad, el amor de una madre, hasta el juego, el hacerse el sordo, la fantasía de una niña, el miedo, las interrogaciones, el insomnio, la angustia...

Así también, encontramos un lenguaje sencillo, directo, sin artificios, sin esconder nada, pero con mucha seguridad en el proceso narrativo. Así mismo, demuestran mucha seguridad en el punto de vista narrativo de las piezas, ya interno o externo. Algunas veces, se prescinde del narrador y la voz narrativa se manifiesta a través de los diálogos o las interrogantes de los personajes que desarrollan la historia.

Son jóvenes —algunos de ellos médico, abogado, diseñadores, contadores, músicos y hasta psicólogos— entusiastas de la literatura que merecen nuestro apoyo decidido para que desarrollen sus capacidades creadoras en el país.

Precisamente, este fue el objetivo esencial de la primera convocatoria del concurso de narrativa breve y esta muestra lo confirma como certeza literaria. Esperemos, pues, que los queridos lectores aprecien el trabajo de los jóvenes, y el esfuerzo de «Acción Creadora Intercultural» por crear espacios de cultura en Nicaragua.

***Pedro Alfonso Morales***

Telica, 06 de julio, 2016.



## *Kalia Lucía Blandón Vargas*

**(León, 31 de agosto, 1986)**

**P**oeta y médica, hija de una familia humilde y hermana melliza de Karen Mercedes: su padre, Freddy José Blandón Gallo y su madre, Mercedes Benita Vargas. Cursó Preescolar en el centro educativo «Ayapal» y su primaria (1993-1998) y secundaria (1999-2003) en el Colegio Tridentino San Ramón, León, siendo la mejor alumna en este centro.

En el 2004 ingresó al Año Común de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, UNAN-León, entre 2005 y 2009, cursa la carrera de Medicina de donde egresó ese año. Realizó su preinternado en la Costa Caribe nicaragüense.

Entre el año 2010 y 2011, realizó su internado en el Hospital Escuela Oscar Danilo Rosales Argüello (HEODRA), León, y dos años de Servicio Social en el Hospital Raymundo García de Somotillo, Chinandega. Actualmente ejerce su profesión de médica y cirujana.

Le gusta leer libros, escribe poesía y cuentos. Su primer poema lo escribió a los doce años. En el colegio participó en varios concursos de poesía y declamación, y obtuvo varios premios. En Undécimo grado escribió su primer poemario aún inédito. En 2014 ingresó al grupo literario Artelica.

Ha publicado en antologías: *Versos y prosas de la Academia Literaria* de Pedro Alfonso Morales, 2014, Artelica, antología poética y narrativa, 2015, y en *Revista de Temas Nicaragüenses*, No. 84, abril, 2015. También en el periódico HOY, Managua.



## El hombre accidentado

—Doctora Rosales hubo un accidente en la esquina —dijo Exania que se percató del suceso afuera de la clínica.

Las nueve de la noche. Un día normal de jornada para el personal de salud en guardia, esperando todo, especialmente, las verdaderas emergencias. No las personas que acudían a consulta por gripe, catarro, diarrea, un jalón de mechas y hasta un machucón de pie, que eran motivo de consulta.

—¿De verdad? ¿Qué pasó? ¿Cuántos accidentados son?

—Sólo uno. Está tirado en la calle. El que lo accidentó está bien. No le pasó nada —dijo el vigilante.

—Bueno, que lo traigan. Hay que atenderlo; lleven una camilla — dijo la doctora Rosales.

Parecía procesión. Había como doscientos devotos feligreses del acontecimiento. Había todo tipo de espectadores: personas preocupadas por el accidentado; periodistas del chisme, no acreditados; la liga del justiciero; en fin, todos ojos y oídos...

—¡Pobre, hombre, cómo quedó! —decían unos.

—¡Qué echen preso al que lo atropelló —decían otros.

- ¿Quién es?
- ¿Qué jodés!
- ¿Cómo se llama?
- ¡La moto quedó hecha paste!
- ¡Andaba bolo parece!
- ¡Y sin casco el hijuemadre!
- ¡Llamen a la gritona!

La ambulancia llegó. Lo llevaron al centro médico de atención más cercano. Iba con pérdida del conocimiento por una herida en la cabeza con policontusiones en el cuerpo. La muchacha de admisión, Nasa, se vale de una tarjeta de circulación para la identificación de la persona. Ramón Blanco Paiz se llamaba y era la única credencial de identificación que andaba.

—Bueno, chicas, manos a la obra: canalización —en su cabeza repasaba el A B C...—; lo estabilizamos, le suturo la herida de la cabeza para trasladarlo; le tomen las radiografías para descartar fracturas; politraumatismo; que lo valoren los especialistas...

El paciente vuelve en sí; no sabía ni siquiera dónde estaba ni qué le había pasado.

—¡Ay, me duele la cabeza! ¿Qué me pasó?

La enfermera Margina, hablándole:

—Don Ramón, tranquilo, se acaba de accidentar; le vamos a poner suero y algo para dolor.

La doctora Rosales procede:

—Don Ramón, tranquilo, tiene una herida en la cabeza; le pondré anestesia.

—Ay, me duele el brazo, mi pecho, me duele el chiquito, me duele todo, ¡ay!— decía don Ramón.

La doctora Rosales procedió a revisarlo: lo examina, le ve una deformidad a nivel de la clavícula; le pone el estetoscopio, el saturómetro, el oxígeno, acordándose del A B C...

Todo mundo estaba pendiente del hombre accidentado. El personal de turno se puso las pilas: enfermería, haciendo su trabajo; la doctora en lo suyo; y laboratorio tomando muestras de sangre. La multitud afuera llamando a los familiares, amigos y vecinos, reportando la noticia como si fueran verdaderos periodistas.

Se realizó el traslado a un nivel de mayor resolución para que se le tomaran las radiografías pertinentes y fuera valorado por los especialistas de cirugía, ortopedia y medicina interna para un manejo integral

Le reportan el traslado al doctor Masis, jefe de turno en el otro centro de atención mayor. A las dos horas de haber pasado el suceso, la doctora Rosales realizó una llamada:

—Doctor Masis: ¿cómo llegó el paciente politraumatizado?

—Está estable: se le tomaron varias radio-

grafías; sufrió una fractura de clavícula.

—¡Qué bien, que don Ramón esté bien!

—¿Don Ramón? ¡Será don Daniel — dijo el doctor Masis.

—¿Cómo? ¿Daniel?

—¡Sí! El nombre del paciente politraumatizado no es Ramón Blanco Paiz; se llama Daniel Blanco Paiz.

—¿Cómo es eso? La identificación dice Ramón, no Daniel Blanco Paiz.

—Hicimos todo con el nombre del hombre equivocado —dijo el doctor Masis.

La doctora Rosales casi se va de espalda, cuando escuchó decir el nombre del hombre equivocado.

—¿Cómo es eso? ¿Quién era el hombre accidentado entonces? preguntaba la doctora Rosales en esa confusión— ¿A quién atendimos?

## Las siete aves

—¡El hombre mata y destruye! ¡Yo vivía en un bosque hermoso, nuestro paraíso!— dijo el halcón Pedralfo.

Un día común y corriente, las aves se paseaban por los cielos, revoloteando y danzando al son del viento, formando sus nidos de amor, alimentándose con los frutos de la madre tierra.

El halcón cazaba hábilmente a sus presas; el canario cantaba alegremente sus trinos. De repente, un búho tiró un cigarrillo al bosque y una pequeña llama se convirtió en un gran incendio. Los bosques hermosos de Artelica ardían en llamas...

—Mariano, rápido, movete, pásame una pala y una taza de tierra —dijo el canario andante al pájaro carpintero.

El pájaro carpintero, Mariano, le dijo:

—No seás burro, el fuego se apaga con agua, no con tierra.

—Aquí no hay agua cerca ¡apurate! o serás pronto pollo asado.

Todos los pájaros corrían como locos, buscando la manera de apagar el fuego para que no se propagase, valiéndose de todo lo que sirviera de extinguidor: calas, hojas, ramas... El loro jimyto con su voz sonora parecía una radio-grabadora gritando:

—¡Auxilio!, nuestro hogar se quema, necesitamos agua!

El halcón Pedralfo, voló para buscar ayuda. Tan rápido iba, que se golpeó contra un roble, y se le puso el ojo chipotudo y colorado. En el camino se encontró a la Poesía.

—Yo seré tu voz —dijo la Poesía.

La Poesía se encontró al águila Albaluz, el zopilote Will y la gaviota Kalucía, quienes volaban hacia el lugar atraídos por el humo y el fuego que se observaba de lejos.

—Los bosques de Artelica se incendian, están en peligro de extinción: únanse todas las aves —dijo la Poesía.

El águila Albaluz dijo:

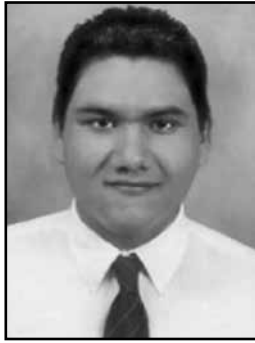
—Ese fuego no nos puede desaparecer, unámonos.

Divisó un gran lago que estaba a un kilómetro de distancia; la gaviota Kalucía dijo:

—Ahí hay agua ¡listos! manos a la obra.

—Aquí están las mangueras — dijo el zopilote Will— refiriéndose a unos troncos de árboles con hueco que sirvieron para transportar el agua.

Todas las aves se unieron: los halcones, los canarios, los pájaros carpinteros, los loros, los zopilotes, las águilas, y las gaviotas; apagaron el fuego llevando agua de un lado hacia otro. Y así las aves salvaron al mundo de la extinción.



## *Oscar Ignacio Álvarez Rápalo*

**(Masaya, 04 de septiembre, 1986)**

**N**acido en Masaya, Nicaragua, el 4 de septiembre de 1986, Abogado y Notario Público de la República de Nicaragua, graduado de la Universidad del Valle en Managua 2007.

Fue la experiencia universitaria, y sobre todo, el estudio de la ley, lo que lo incentivó a sumergirse en el vasto mundo de los libros, donde encontró respuestas a tantas interrogantes cotidianas al adaptar el hábito de la lectura como estilo de vida.

Durante, y posterior a la finalización de la carrera de Derecho, se desempeñó en su profesión laborando para entidades tanto de carácter Público como Privado. En el año 2015, obtuvo el Título de Máster en Asesoría Jurídica, Empresarial y Tributaria en el Centro de Estudios Tributarios, Administrativos y Empresariales (CETAE) de Managua.

Con el fin de encontrar un sentido a la vida, y complementando esa etapa profesional, dio un giro inesperado al tomar la decisión de convertirse en un Escritor de Ficción, utilizando como único punto de partida los libros que había leído, siendo la Ciencia Ficción su género literario preferido.

Actualmente, el licenciado Álvarez Rápalo se desempeña como Abogado Consultor Independiente, administra un negocio familiar, y dedica parte de su tiempo a leer literatura y escribir historias de Ciencia Ficción.



## Así es esto

Hacía una semana que le había perdido el sentido a la vida. Sin Julia a mi lado, no había motivo para continuar. Naturalmente, no tenía los suficientes huevos para cometer una locura. Así que, utilizaba el ochenta por ciento de mi tiempo para pensar en ella, mientras que el otro veinte no era más que un autómata.

Todo cambió un lunes por la tarde. Estaba sentado en el patio de la casa de mis padres, haciendo nada en particular y sumergido en mis pensamientos —por no decir en ella—. De pronto, mi vehículo, el cual presentaba tantas averías al igual que mi vida, activó la bocina por sí sólo sin ninguna intervención humana.

La bulla era irritante. Atravesé a gran velocidad la propiedad; salí a la calle, le di la vuelta al carro; destapé el plástico que me servía como ventana y logré entrar en el vehículo. El silencio y la tranquilidad retornaron al barrio nuevamente.

Este acontecimiento fue lo más sorprendente que me había ocurrido en toda esa semana. Fue aún más maravilloso el incidente que ocurrió a continuación, pues dos zanates iniciaron una batalla a muerte en la acera de en frente, bajo el sol del mes de abril, en medio de un polvazal.

No se sabía con certeza cuál era el motivo de la disputa, pero era evidente que cada uno deseaba la muerte del otro: se picoteaban el rostro, brincaban sobre su oponente, se lanzaban patadas, se revolcaban revoloteando las alas, en fin, ambos se estaban castigando mutuamente.

Lo más interesante vino cuando a mitad de la disputa, una zanata apareció de repente y se posó sobre un techo de zinc, casi por encima del polvazal en que se llevaba a cabo el combate. Su actitud era dudosa. Parecía reírse de los dos rivales, ya que movía la cabeza constantemente de un lado a otro y graznaba.

Treinta segundos después, uno de los zاناتes cedió y se retiró de la justa, siendo acosado por su contrincante. Mientras tanto, la hembra siguió graznando y se fue indistintamente por una ruta contraria a la de los peleadores. Tuve suficiente con eso.

Aún recuerdo claramente las palabras de Julia: ¡Demostrame que me querès, lucharé por mí, turquialo y me quedo con vos! Comprendí que no vale la pena echar a perder mi vida por la de un ser humano que me lanzó a debatirme a los puños con otro hombre para demostrarle la fuerza de mis sentimientos hacia ella. Sobre todo, aprendí que no importa que haya perdido

dos dientes en la pelea; ahora sé que yo soy más importante que ellos. Y que así es esto.

## **Viaje a la eternidad**

En la soledad de una galaxia, un planeta viajó en busca de una estrella; al no encontrarla, murió.

## **Entre el bosque y la lluvia**

Era temporada lluviosa y el pronóstico ordenaba permanecer en casa. Así que, con mucha más razón, me lancé a vivir la experiencia. Quería alejarme del mundo y encontrarle algún sentido a mi existencia. Sabía que ir al bosque era la solución. Las únicas cosas que me acompañaban eran: una cantimplora, una navaja bien afilada y un par de binoculares. Ya bien entrado en el bosque de Masayinka, el pronóstico empezó a tener razón a eso de las tres de la tarde, y no esperó para convertirse en una espléndida brisa, dominada por vientos llenos de vitalidad. Estaba disfrutando de todo el contexto a mí alrededor. Era la mejor temporada, porque veía, olía, oía, y sentía cómo el bosque me daba la bienvenida.

Hubo un momento en que el viento llamó a la brisa. Las hojas de los árboles empezaron a caer junto con las gotas de lluvia que acariciaban mi piel. El olor de la humedad me invitó a descansar un poco. Se me ocurrió hacerlo sobre la base del tronco de un árbol de Cedro. Era inmenso, pesado y fornido. Podía tener más de setenta años, ya que ni dos personas entrelazadas pudieran abarcar su circunferencia. Sus raíces primarias se levantaban sobre el suelo

a más de un metro de altura. Me acosté sobre una de ellas.

Ya instalado, cerré mis ojos y dejé que el tiempo y la naturaleza me llenaran los pulmones de aire limpio y tranquilidad. En frente de mí, había un extenso espacio de bosque deshabitado por la flora y carente de árboles. Era un pequeño valle, hueco. El espacio era un poco más grande que un campo de rugby, el cual permitía que entrara la luz. Me sentía contento y satisfecho. Tantas experiencias en una sola tarde, habían hecho que mi tristeza se fuera al carajo.

Entonces, recordé que todavía no había utilizado mis prismáticos. Divisé el otro extremo y me di cuenta que el gran espacio vacío se debía a un despale masivo. Mi sorpresa fue aún más grande, cuando descubrí que en el centro del espacio, yacía un hombre desnudo, boca abajo, sobre el suelo. Visto desde el cielo, parecía descansar apaciblemente; visto desde el suelo, lloraba y gritaba con profuso sufrimiento. Su cabeza estaba ubicada de perfil. Pequeños surcos de un cabello ceniciento delataban su edad. Parecía gozar de buena salud, pues su espalda y sus cuatro extremidades estaban dotadas de líneas perfectas. No se sabía que hacía ahí. Después de todo, nadie espera ver a un hombre de esa manera: solo, acostado en el bosque. Sus manos, cubiertas de lodo, se

abrían y se cerraban constantemente, igual que sus ojos, con un evidente arrepentimiento.

De repente, una jauría de rayos y truenos rugieron por encima del espacio vacío en el que se encontraba el hombre. Aun así no me despegué de mis binoculares, pero me quedé bien pasmado y confundido al ver que una violenta lluvia propia de un huracán, empezó a precipitarse sobre ese gran espacio en particular. ¡Algo muy raro estaba sucediendo! Sobre mí no había lluvia, sólo diminutas partículas de agua que se ceñían amablemente a los vellos de mis brazos y que eran arrastradas por los fuertes vientos de la tormenta que caía sobre el hombre. El agua ya tenía cubierta una pequeña parte de su cuerpo, pero no se movía ni se ponía de pie.

Mi asombro aumentó increíblemente, cuando, de manera brusca, cuatro corpulentas raíces, muy similares a unos tentáculos, brotaron salvajemente del suelo. Como si fueran látigos, apresaron ambos brazos y piernas del individuo. Solté un suspiro de horror, y mi corazón empezó a latir rápidamente ante la situación.

Me acomodé para evitar interferencias, y logré ver que el nivel del agua y el lodo aumentaban rápidamente. Un tercio de su cuerpo ya estaba cubierto. Aun así, en el rostro del hombre no se reflejaba miedo, sino sufrimiento. Sus

manos continuaban apretando el lodo. Sus ojos parecían no soportar su desconocido dolor, al punto que sus lágrimas se asemejaban con las mismas gotas de la lluvia. ¡Era un suceso impresionante!

Para apreciar todo lo que sucedía, tuve que calibrar la rueda de enfoque y regular el eje para ajuste de distancia de los primaticos. Vi cuando tosió a causa de pequeñas corrientes de agua que se introdujeron en su nariz y boca. Lo que más me sorprendió, fue que no luchaba por su vida, sólo seguía llorando. Ahora, la mitad de su cuerpo estaba rodeado de agua y lodo. Justo antes que el agua cubriera su boca y nariz, vi como las raíces comprimían con más fuerza sus cuatro miembros, haciendo que soltara un grito de dolor que yo escuché.

Se me vino a la mente que este hombre estaba siendo torturado y castigado por el bosque. Ver como las raíces se movían violentamente como articulaciones propias de un sistema viviente, me hicieron creer que lo levantarían sobre el aire y lo azotarían hasta asesinarlo. Sin embargo, lo que hicieron fue estirar cada uno de sus miembros hacia los cuatro puntos opuestos de cada raíz; ahí mismo, en el mero lodo.

El hombre soltó varios estallidos de dolor a causa del estiramiento de sus extremidades. Las raíces estaban a punto de quitarle la vida.

Yo sentía que no podía intervenir; parecía como que el hombre había tocado a Dios con las manos sucias. Seguido del grito, me acerqué lo más que pude a los labios del hombre, y pude identificar mediante lectura labial, cuando el hombre alcanzó a gritar la siguiente frase: ¡Perdóname bosque, perdóname por todo lo que te hice!...

Parece que el bosque escuchó los lamentos y el perdón de hombre, porque repentinamente, las raíces lo soltaron y se escondieron en la tierra. También dejó de llover y el hombre no se ahogó.



## Muerte en luna llena

El asunto fue así: estaba seguro que estaba soñando. Lo sé muy bien. Si no hubiese sido un sueño, me habría levantado inmediatamente a ver de dónde provenía el ruido. Claramente escuché, cuando el intruso tropezó con una pana de aluminio que había quedado tirada en el patio.

Como mi mujer y mi hija se habían ido todo el fin de semana, me volvía a reencontrar con mi anhelada soledad. Eran como las tres de la madrugada y el sereno se escurría tranquilamente a través de las persianas. En el cielo, la luna terminaba su ciclo de lunación, ya que estaba rebosante de blancura. Había paz en la noche. No es por temor a la oscuridad, pero siempre me ha gustado la tenue luz que procede de la calle. Y más cuando se juntaba con la luz de la luna.

Escuché cuando el tipo cortó el candado que aseguraba la puerta de hierro, y también el chirrido de la misma al momento en que la abrió. Recuerdo que fueron muchos los intentos que hice para levantarme de la cama, pero algo en el sueño me lo impedía. Estaba atrapado en mi propio cuerpo.

Había un espejo de buen tamaño en frente

de mi cama. Es el que utiliza mi mujer para verse bien. Su ubicación permitía ver una línea horizontal de ventanas de vidrio transparente con verjas de hierro que se levantaban a metro y medio del piso. Esa gran ventana finalizaba en la puerta de mi habitación. ¡Fue ahí, donde lo vi! Su altura rebasaba la línea de ventanas. ¡Era grandísimo el sujeto!

Al ver que caminaba con dirección a la puerta de acceso de mi habitación, sentí la muerte de cerca. No sé cuáles eran sus intenciones, pero si había llegado hasta ahí, tenía la certeza que era capaz de matarme. Pensé en mi familia y en su oportuna ausencia. Mi corazón estuvo a punto de estallar y mi frente sudaba a mares en el momento en que las manos del sujeto le dieron la vuelta a la manecilla de la puerta. Tampoco podía gritar. Si hubiera escuchado las recomendaciones de mi mujer cuando la dejé donde mi suegra, habría cerrado con llave esa puerta.

Como muchas veces soy bien estúpido, no lo hice. Gracias a ello, el individuo tanteó y abrió la puerta fácilmente. Su cuerpo era como una sombra que se interponía entre la luz y mis ojos. Su brazo derecho era más largo que el izquierdo y finalizaba en una fina y oscura línea de aproximadamente veinte centímetros: sostenía un puñal.

Sin apartar la vista del espejo, intenté girar

hacia atrás mi cabeza, pero tampoco pude. El intruso movió su mano derecha y acomodó el puñal a su conveniencia. Giró su cabeza a ambos lados y esperó durante un minuto. Fue el minuto más largo de mi existencia, en la peor de mis pesadillas. Sentía la almohada húmeda y helada. Quise llorar y gritar, pero en realidad sólo se me derramaron mares de lágrimas.

Comprendí que el miedo y la impotencia son la peor combinación de sentimientos que un ser humano puede experimentar. De pronto, el hombre empezó a caminar lentamente hacia mí. No me da vergüenza decirlo, pero me oriné de miedo. No podía escuchar sus pasos, pero sí lo miraba acercarse más a través del espejo. Dejé de luchar contra mi propio cuerpo para no levantar sospechas de que ya estaba sabido de su presencia.

Llegó hasta el borde de mi cama, en la cabecera y, me observó dormir durante unos segundos. También tenía miedo, porque escuché su respiración acelerada. Mis ojos estaban entreabiertos. Logré ver que todo su cuerpo, incluso su cabeza, se cubría con ropas negras.

También vi, cuando levantó el puñal a la altura de su pecho y lo empuñó con ambas manos. En ese instante, tuve que abrir completamente mis ojos. El pecho de mi asesino aumentó de tamaño, cuando inhaló una gran bocanada de

aire. Sus brazos se elevaron de altura como si tomaran fuerza e impulso. Y justo, cuando el puñal venía con dirección a mi cuello, mi cuerpo me permitió que levantara mis brazos. Me desperté.

Lo más insólito fue descubrir que no era sólo una maldita pesadilla, porque en el microsegundo en que me di cuenta que ya estaba despierto, mis manos tenían atrapados los brazos del asesino. Todo mi sueño y mis temores se esfumaron. ¡Estaba sucediendo! ¡Era real! ¡Tenía que luchar por mi vida!

El tipo tenía una fuerza impresionante. Logré asestarle una patada en la nariz que lo hizo perder fuerza. Sin soltar sus brazos pude ponerme en pie. Pensé huir hacia el patio, pero no pude encontrar algo con lo cual defenderme.

¡Maldito!, le grité. ¿Quién sos? Pero no me respondió nada. Forcejamos y quebramos una mesa plástica que estaba junto a la pared. Yo sacudía con todas mis fuerzas sus brazos para que soltara el puñal, pero no pude. Medía dos metros.

Me acercó lo más que pudo a su rostro y me conectó un cabezazo en el pómulo izquierdo que me dejó ciego. Lo solté y caí al suelo. Inmediatamente, recuperé la visión y vi que venía nuevamente dispuesto a apuñalarme. Por ins-

tinto, le pegué una patada en los testículos. Fue un certero golpe, porque lo hice caer de rodillas. Le alcancé a dar otro puntapié en su rostro que lo hizo retroceder aún más y caer de espaldas. ¡Ésta era mi oportunidad!

Pensé en patearle la mano para que botara el cuchillo, pero deduje que eso me restaría tiempo para minimizarlo. Así que, me le tiré encima, puse mi rodilla izquierda sobre su brazo que sostenía el puñal y lo golpeé lo más duro que pude con mis codos en su rostro. Estaba lleno de furia. Lo lastimé tanto con mis codos, que sentí que no era suficiente. Empecé a martillar con mis puños en la cabeza. Me detuve, cuando me percaté que ya no oponía resistencia.

De todos modos, yo ya no tenía aire para continuar. Percibí que ya no respiraba, por lo que puse mis dedos sobre su arteria carotidea: estaba muerto. Me había convertido en el homicida de mi asesino. Aparté el puñal por precaución y arrastré con dificultad su cuerpo al patio... Sólo quería ver su rostro.

Cuando le quité el pasamontañas, su rostro estaba destrozado. La luz de la luna lo iluminaba claramente. Tenía el tatuaje de un Cristo en la parte derecha del cuello. Ahora recuerdo, cuando aquella mujer de una sola noche, me dijo que su esposo tenía un tatuaje de un Cristo

en el cuello. Me quedé ahí tirado sobre el pasto, a la par del cuerpo, pensando acerca de la vida, y de si debía ser yo el muerto, y no él.

## Una patada a la muerte

En la acera de una humilde vivienda, una madre obesa discute con la Muerte, quien llega vestida de Guerra

—¿Y quién sos vos para irrumpir en mi casa, decidir el futuro de la vida de mi familia, cuando nunca has sabido siquiera lo que significa ganar el pan de cada día para que tus hijos puedan sobrevivir un día más? —le gritó la madre a la muerte, que se encontraba con la cabeza agachada viendo fijamente el suelo.

—Pero seño.... —quiso intervenir la muerte.

—No me interrumpás cuando estoy hablando —le gritó aún más fuerte la madre, mientras se acercaba con una cara grasienta y sudorosa a cinco centímetros del rostro de la muerte—. No te permitiré que intentés llevarte a mi hijo, porque es la única persona en este mundo que ha luchado el día a día para cuidar de mí y alimentar a sus seis hermanos.

—No es mi inten...

Te he dicho que no me interrumpás, cuando estoy hablando. Y mejor andate a la mierda, antes que te arranque la cabeza y se la lleve como recuerdo a tu jefe; de que te quisiste llevar a mi hijo— le siguió gritando la madre con el rostro lleno de sudor y lágrimas.

—Yo sólo hacía mí tra...

—¿Y es que no entendés? —le gruñó por última vez la madre, mientras tomaba bruscamente de los hombros cacrecos a la muerte, dándole vueltas y pegándole una gran patada que la expulsó a la calle desencajándole el coxis— Y la próxima vez que se te ocurra venir a mi casa, recordà que es a mí a quien tenés que llevarte; no a mis crías, ¡sin vergüenza!— le vociferaba la madre a la muerte, mientras se arrastraba lo más lejos posible de la casa de la madre.





## *Eduardo José Gómez González* (Telica, 23 de agosto, 1988)

**P**oeta y pintor, hijo de Ana María González Alarcón y Edgard Dionisio Gómez Blandino.

En el 2000 cursa la primaria en el colegio Miguel Larreynaga, Telica; en 2005 concluye la enseñanza secundaria en el Instituto Socorro Santana Solís; en 2013 egresó como Arquitecto en Diseño Gráfico de la Universidad Cristiana Autónoma de Nicaragua UCAN-León.

Desde hace tres años pertenece al grupo literario ARTELICA dentro del cual participó en la antología que publica este grupo en marzo de 2015.

La vida literaria la inicia a los 15 años, cuando incursiona en la poesía. En el 2005 participa en el centenario de «Cantos de vida y esperanza», de Rubén Darío realizado en el Teatro Municipal José de la Cruz Mena. Obtuvo reconocimiento por su participación.

Ese mismo año, participa en el Encuentro Nacional de Jóvenes Creativos en Managua, dirigido por Henry Petrie y Edgard Escobar Barba, donde recibe reconocimiento por su participación.

Actualmente está entusiasmado a continuar con la creación literaria.

## Ojos de papel

— ¡Carlitos! — dice Susana— voy a comprar las tortillas. ¡Vení! echale un ojo al arroz, para que no se queme.

— ¡Bien mama! — .

Carlitos coge una hoja de papel y un lápiz que están sobre la mesa. Con tijera en mano, recorta figuras; luego deposita todo lo recortado en la cazuela.

— ¡Ya vine Carlitos! Gracias por echarle un ojo.

—No le eche uno, sino dos. — dice Carlitos.

— ¡Chocho! ¿Qué has hecho? Yo no te pedí que le colocarás ojos de papel al arroz.

## **El muerto y el ataúd**

- ¿Escuchas?
- ¡No, no escucho nada!
- ¡Ahora sí, presta atención!
- No, no logro oír nada.
- Concéntrate.
- ¡Ah! Ahora sí.
- ¿Dime qué escuchas?
- ¡Tu silencio!

## Martina y su huevo

¡Hoy es un día especial para Martina! Ella, niña inteligente y trabajadora, levanta la vida. Las gallinas en la tureca familiar acaban de poner sus huevos y todas cluecas son auxiliadas con especial atención y cariño.

Súbitamente una gallina, salta, estira la pata y muere. Su huevo queda huérfano. La infanta sorprendida y desesperada decide incubar el huevo. Lo lleva a su cuarto y tomando la misma posición de la gallina posa sus nalgas con suma delicadeza sobre el desafortunado huevo. Igual que las demás gallinas sólo se aparta de él para comer.

Cumplido el tiempo necesario, Martina espera que su cría eclosione. De repente, el llanto de un niño atraviesa los poros de aquel esférico calcio. Martina se aterroriza, pero curtida de valentía decide averiguar lo que sucede.

El pico de aquel ser extraño, brota de su morada con rostro humano: brazos por alas, pies por patas y cuerpo con plumaje color violeta. La niña sorprendida cuenta el suceso a su madre y deciden ocultarlo y cuidar el pollito con esmero y cariño.

A los quince días y con peso ganado, el polluelo se revela como hermosa gallina con pe-

chos, nalgas y curvas propias de una mujer esbelta, ataviada con fino plumaje color morado.

Una tarde, un gavilán arrebatado del hambre invade el patio y con sus garras secuestra y mata a la gallina híbrida. Martina llora desconsolada por su cría, pero su madre ignorando el suceso, le pide que cuide de los cinco avestruces que acaban de llegar con sus cinco huevos más uno.

## Cholo

Sintió un dolor intenso, y pidió auxilio a su vecina, la partera, quien, haciéndolo entrar a su hogar, le socorrió.

Sentía la sensación de defecar, bajo su pantalón. Se agachó y con sus nalgas desnudas comenzó a pujar.

—¡Vamos don Cholo, ánimo! ¡Puje! ¡Respire hondo! ¡Agarre juelgo y puje!— animaba la partera.

Una extraña cabeza amarilla, en forma de cono y con mechones dorados broto de su ano. Con fuerza sobrehumana expulsa una, dos, tres hermosas mazorcas unidas al cordón umbilical. La partera corta las mazorcas, agarra una toalla y las envuelve.

— ¡Tome, ha parido tres bonitas mazorcas! ¡El que siembra su maíz, que se coma su pozol!







## *Eliezer Ezequiel Torres Sequeira*

**(Managua, 16 de octubre, 1987)**

**E**scritor y músico de metal extremo. Licenciado en Contabilidad Pública y Finanzas (Unan Managua 2013). Miembro fundador del Consejo Editorial de la revista «Pandemónium» (INC2009).

Ha participado en encuentros literarios en el nivel nacional y talleres con los principales maestros nicaragüenses. Cuenta con su poemario «Los malos hábitos de la subsistencia» ANJC 2014 y participación en algunas revistas de distribución nacional como «Deshonoris Causa» de León y «Karebarro» (UNA).

Fue incluido en la antología «Miedosos apuñando lápices y cuadernos / Muestra de narrativa nicaragüense», ediciones La Chancha 2015. Ha incursionado en el teatro, dentro de sus obras se encuentra «Fritongo Morongo», adaptación de la novela homónima de Henry Petrie.

Actualmente trabaja de Contador en una empresa de construcción, toca el bajo eléctrico en una banda de Black Metal llamada *Stultifera Navis* y participa en recitales varios, donde es invitado.

## De noche todas las bolsas son negras

*Para el profesor Víctor Ruiz*

¿Vos lo miraste? ¿Lo miraste? ¿Acaso ya estabas despierto esa madrugada, cuando, al borde de alguna cama, un pie dormido buscó a ciegas sus chinelas? ¿Sabías que eran anaranjadas? ¿No te pareció raro sentir que alguien más también despertaba? ¿Tuviste algún palpito de incertidumbre por esa sincronización? ¿No reconocés la maldad antes que estornude? ¿Tiene que pasar frente a vos como una burbuja de sangre?

¿Recordás que era lunes? ¿Quién no odia los lunes? ¿No es cierto que preferamos seguir intoxicándonos con los pedos de la almohada? ¿Es mentira acaso? ¿Lo negás? ¿A quién jodido le dan ganas de matar a su mujer un lunes? ¿A vos? ¿A mí? ¿Quién no desea matar al buzero el lunes? ¿Te gustó la idea, verdad? ¿Se te antoja? ¿Y a tu mujer? ¿La matarías un lunes? ¿¡Ves!? ¿Para qué vas a matar a tu mujer un lunes? ¿Por qué no un viernes de mala suerte? ¿Por qué no un sábado por la noche después de la pelea de Mayorga? ¿No es cierto, pues,

que los lunes son sólo para marchitarnos?

¿Y todavía dudás si el presentimiento era malévolo? ¿Para dónde vas? ¿No me vas a esperar? ¿Te incomodan mis graznidos? ¿Te incomodo? ¿Esa manera de caminar es de cuando estás nervioso? ¿Yo te pongo nervioso? ¿Ese cadáver te pone nervioso? ¿Qué ves? ¿A la gente? ¿Las cámaras de canal «muerte»? ¿Ves su cuerpo desnudo lleno de sangre? ¿La cubre toda esa sangre? ¿Hasta su cosita, su inocente cosita? ¿Sabés que resultás sospechoso? ¿Estuviste a su espera acaso? ¿No se te hace demasiada coincidencia «despertar al unísono»?

¿Qué cigarro encendiste? ¿Fue la media docena que te lanzaste? ¿Tuviste que ir en su búsqueda porque nunca llegaba? ¿Y la encontraste? ¿En una bolsa negra, verdad? ¿Me vas a decir que de noche todas las bolsas son negras, como los gatos que se vuelven pardos?

¿A quién te recuerda ese oficial? ¿Qué pregunta? ¿Estás seguro que eran las tres, cuando llamaste a la policía? ¿Verdad que todo le hubiera salido perfecto a ese maje, si vos no fueras llegado? ¿«Por casualidad», reiterás? ¿Quién no sospecharía que alguien como vos es adicto a escuchar pasos en la madrugada? ¿Quién no se asoma, cuando escucha el grito de una pala, verdad? ¿Estás triste?

¿Verdad que no podían haber siseos más eufónicos entre todos aquellos silenciados, ese día? ¿Por eso es que odiás despertar los lunes? ¿Los lunes en que todas las cosas amadas amanecen muertas, excepto vos?

## Te ronda, por las noches

*Para Arlen,  
con todo el cariño que le tengo a Edgar*

Arlen sacudió su cama, acomodó las almohadas, la sábana. Dispuso la bacinilla, vistió su pijama, encendió el insecticida y dejó al colchón sentir la calidez de su peso joven, blanco, de diecisiete años. Ya acostada estiró su tronco, tronó el cartílago y varios músculos de su lecho. Todo dispuesto para pasar la noche, aunque esta vez no se permitiría dormir. Montaría guardia a la espera de ese intruso que la acosaba nocturno, en cuanto perdía la solidez de sus ojos y se le derrumbaba el sueño sumiéndola en la peligrosidad de la inconsciencia.

No. Esta vez no. Porque en cuanto los pelos de sus párpados se juntaran, él llegaría con su excitación, sus jadeos de animal en celo. Sentiría sus movimientos pélvicos pegados al mosquitero, como si le hiciera el amor.

Doce de la noche y seguía despierta —muy bien—. Las otras veces había resistido hasta las once. Los sonidos de los grillos, como hiperactivas crepitaciones y el mover de las ramas —que desde niña han aruñado el techo— la acompañaban.

Recordaba la inmovilidad caótica que la apreciaba en cuanto ese animalito peludo llegaba a querer violarla, detenido apenas por el mosquitero que su abuela se empeñaba en poner. Aunque los zancudos, como en un estanque, acorralados junto a ella, le robaran interminables sorbos de néctar en los pliegues no alcanzados a tapar por la sábana.

Tal vez algún primo, puede ser. O acaso ese tío, hace pocos días presentado por Ingrid. Y que después del «mucho gusto, mi nombre es Arlen» no cesó de tocarla a la menor excusa. Que el agüita sobrina. Que se resfría sobrina, ¡ay!, tápese. Qué bonito ese lunar sobrina, parece de chocolate, ¿Cuándo me lo da a probar?

¿Sería él? Su abuela con certeza lo ocultaba, pues tenía que ser algún familiar para que esa vieja sabia no lo pelara vivo. Arlen chasqueó los dedos. En efecto, ¡segurísimo era su tío! Me enamoran los pelitos de sus brazos, sobrina. ¡Qué linda su boca, parece una uva!

Tenía que conformarse con los consejos de ponerse los calzones al revés, o de echar sal con ceniza en los umbrales. Pero aunque se volteaba la ropa y tiznaba cabalística toda la casa con la receta, el mono siempre se presentaba.

Esta vez no ha hecho su aparición. Parece que hoy Arlen logrará su victoria. Decide abra-

zar su almohada y destripar un sueño. Ya van a ser las cuatro. Ya no cree que pueda venir. Esta casi segura.

Luego, el temblor de la cama, la excitación, los quejidos. El mono tenía al parecer mucha más paciencia.



## Murcielaguitos

*Para Carlos Soriano,  
que sea feliz en las llamas del infierno.*

Su respiración comenzó a empañar el espejo. Esa superficie gélida, donde apoyaba la frente y sobre la cual su índice trazaba arabescos. Elizabeth permanecía en trance, sintiéndose dentro de una pecera, rodeada de reminiscencias de aletas amarillas. En ese baño había quedado abandonada su delgada marchitez de adolescente en cinta, a medio vestir, con la bata azul de la clínica privada. Afuera aguardaba el metal de los instrumentos quirúrgicos, el horror vestido de gabacha, con guantes de nailon, a su espera, para extraerle el alma.

Hace tres semanas, en las calles, descalza, con rachas invictas de no bañarse, cuando jugaba con los otros chicos tan sucios como ella, con los mismos cabellos pegajosos, hubiera dado todo por deshacerse de ese estorbo. Si hubiese tenido un borrador para quitarse los arañazos de las estrías, no hubiese dudado en ponerle fin a las náuseas. Hubiere podido volver con la frente en alto al hogar del que tuvo que huir antes de haber sido delatada por la jauría chismosa de los vecinos.

Tocaron a la puerta, sabía lo que dijo su padre aunque no alcanzó a oír su gruñido: «Apúrate». Elizabeth contemplaba sonámbula la blaucura noruega del lavamanos, tan higiénica como para poder comer sobre él. Se recordó, cuando era un espectro agazapado en las sombras. Con astucia gatuna asaltaba los basureros, donde siempre encontraba una cajita íntegra con papas fritas. Los ángeles de la basura nunca la defraudaron.

«Apúrate». Volvieron a esgrimir los golpes en la puerta. Elizabeth observó rutilar el agua del grifo y la imaginó como una legión desterrada al abismo del desagüe. Agua potable, no como aquella inmundicia que se filtraba en los pisos de las casas y obligaba a dormir sobre mesas. No esa correntada que dejaba las calles como ruinas apocalípticas y despojaba a los parias de sus refugios de cartón.

El médico forzó la puerta del baño y antes de que ella pudiera reaccionar, un ardor fue inyectado en su muslo, derribándola hacia las profundidades de la confusión. Sobre una camilla atravesó los pasillos bañados con la sangre fluorescente de las lámparas. Le recordaron cuando los semáforos refulgían de color rojo, ella y sus amigos —como organizados roedores— se abalanzaban sobre los vehículos a mendigar.

La mordió un despreciable recuerdo. Una de

esas noches, el conductor de uno de esos carros, la invitó a subir. Era algo sin precedente. Sin saber qué hacer, volteó a ver a los otros niños, pero estos —igual de confusos— sólo devolvieron la inopia. El tripulante se inclinó hacia ella y la tomó de su delgada muñeca, la atrajo con suavidad hacia el asiento del acompañante sin encontrar resistencia. Elizabeth se sintió engullida por las fauces de un abismo, donde apenas refulgían los íconos de gasolina y kilometraje, vaheada, sin poder oponerse.

El auto avanzó en solitario por esa madrugada. Adentro, la pena y el susto eran asfixiantes. La chica no se atrevía a preguntar nada a ese hombre de lentes, no podía siquiera mirar su cara. Demasiada vergüenza. Permaneció fija hacia la ventana, mientras la impertinencia del viento la obligaban a entornar los ojos.

—¿Te molesta?— pronunció el conductor antes de subir el vidrio. Los cabellos aterrorizados de la muchacha lo agradecieron. Al fin, el auto desaceleró ante un portón que se abrió para dar lugar a un desfile de pequeños cuartos. Una cortina fue cerrada detrás de ellos en cuanto se estacionaron. El hombre apagó entonces el motor y bajó del auto, dio la vuelta hasta la puerta del acompañante, la abrió y ayudó a Elizabeth a bajarse.

Sin embargo, en cuanto tomó su mano, la

abrazó como lo hubiesen hecho los tentáculos de un calamar gigante. El hombre esnifaba hundido en su mugroso vestido, parecía intentar desaparecerla. Después la guió hasta el interior del cuarto. Una enorme cama más parecida a un islote salió a su encuentro, y en el techo, un espejo aún más inmenso les daba el ángulo exacto de cómo seguramente Dios los veía. Elizabeth vislumbró por fin al hombre de cuarenta años, enjuto y caucásico que la había llevado.

—Ve a bañarte— le ordenó.

Ella no supo qué responder. Tampoco quería ver su cara y bajó la vista al suelo, donde sus descalzos y moribundos pies temblaban. ¿Tienes frío?. Sin esperar respuesta el hombre la alzó hasta el baño. Abrió la ducha y mojó una toalla de mano. Comenzó a pasarla con la suavidad de una lengua por los brazos de Elizabeth; la tierra acumulada de varias semanas untó su intemperie.

El hombre mantenía una sonrisa de ciempiés caminante. Tendré que meterte a la regadera, dijo. Dos manos la desnudaron con parsimonia. El vestido reveló un par de piernas desnutridas, dos rodillas repletas de cicatrices. Un suspiro acompañó la aparición de muslos blandos acariciados por ropa interior curtida. Empero, fue tan grande el estruendo del hombre al ver su embarazo, que dejó caer sobre ella el vestido

como si le quemara las manos. Retrocedió — sin decir palabras— hasta la cama y desde ahí se quedó observándola. Parecía reflexionar sobre alguna crueldad. Sacó de su pantalón un paquete de cigarrillos, eligió uno al azar. Desde el baño, Elizabeth, vio el chispazo y la bola de humo, a la vez que miró como el hombre se llevaba las manos a la cabeza y se acostaba de espaldas. Al verse libre de esos ojos de gallina, Elizabeth, decidió aprovechar el baño. El único sonido fue el lejano canto acuático y un olor fresco a champú invadió el cuarto. Cuando ella salió nuevamente vestida con la misma ropa mugrosa —pero con la piel limpia— el señor ya no estaba.

Ella también abandonó el lugar, ensimismada avanzó sobre la culebra interminable de la autopista. Doña Silvia tardó varios minutos en reconocer en esa araña famélica a la hija perdida que tanto había llorado. Verla pasar en frente de ella con la naturalidad más desfachatada le hizo botar el maquillaje de sus manos. Salió del taxi, temblorosa, llamándola como una tartamuda. La chica no volteaba, caminaba ida, parecía una aparición. Doña Silvia corrió entonces como jamás hubiese pensado que podría a sus casi cuatrocientas libras. La persiguió hasta que su mano alcanzó el hombro de aquella desgraciada y la obligó a mostrarle la cara. Sí, en verdad era su hija.

Elizabeth respondió aterrorizada, intentó zafarse de la mano de su madre, pero la señora la tenía fuertemente sujeta y ningún ser humano podría habérsela arrancado. La niña dejó de forcejear y se abandonó a ese abrazo repleto de lágrimas, donde su madre se hallaba sumergida. El silencio las engulló en sus entrañas. Todo lo circundante desapareció y quedaron solas en medio de aquella jaula de concreto a donde la sangre las condenó a quererse.

## Plastilina

*Dedicado a todos los desacuerdos  
que pueda tener con M. C.*

En este momento experimento todas esas sensaciones que ignoramos alguna vez, cuando aún no habíamos sido expulsados del cielo. Siento algo muy parecido a la felicidad infinita al ver de nuevo tus adormecidos ojitos opacos, como dos ratoncitos indefensos que miran al mundo con asombro y sin la desconfianza paranoica que padeceremos en el futuro. He caído por segunda vez en el cuerpo de un niño casi sin razonamiento. Tengo sobre la mesa una bolsa llena de cubitos de azúcar, el mismo azúcar que al cumplir cuarenta me habrá de convertir en un gordo manojito de enfermedades andantes.

Entender poco a poco el mundo donde vivo, y seguir así por el resto de mi vida. Porque conforme crezca el mundo se tornará cada vez más complejo y vulnerable, que al final perderá sentido el poner piedras sobre las cosas por miedo a que huyan. Aprenderé de vos más que de nadie, pues serás tan voluble que no habrá grilletos lo suficiente inexorables para mante-

nerte quieta. Movés esos ojos de ratón de un lado a otro de la plastilina, mientras hacés una figura muy parecida al perro que tendremos cuando vivamos juntos y que por tu afición al rock llamarás Marilyn Manson. Me das lecciones de cómo hacer animales de plastilina, tal y como me enseñarás a tragarme mis promesas; dejarlas podrirse en mi garganta como el mal trago de verte prostituida por droga en el cauce; cuando cumplás los diecisiete y yo persista en mi pose de niño estudioso.

¿Pero cómo no volver a tener la dicha de amarte otra vez, si me derrite la forma en que te sacás los mocos con esas uñas tan terrosas, y que nunca aprenderás a limpiarte como una señorita? En el futuro harás que se me infecte la espalda. Enajenada por los orgasmos que me dirás te arrancan de la tierra, te aferrarás a mis pulmones para no salir arrastrada por la corriente. Me irás destruyendo a jirones.

¿Cómo no enamorarme de esos camanances? Amarte mil veces, ahorita, mientras hago tronquitos de plastilina. Amarte en el patio del colegio, donde todos los chavalos me rodearán para ver cómo te pediré que seás mi novia. Y vos me responderás que no, porque querrás centrarte en tus estudios «y salir adelante».

Amarte en la universidad del caos, volver a amarte dos mil veces rota, tres mil veces ex-



pulsarte de mi sangre como la peor de mis infecciones, aunque sea de manera temporal, o como ejercicio para saber si no seré una extensión más de tus caprichos. Arrancarte de la materia tan firme de los pensamientos que te volverán estatua en medio de la autopista de mis trances. Y aceptar que todos los accidentes que ocasionará el fanatismo valdrán la pena. Incluso, aquel viejito y su perro pequinés que tropellaremos, cuando me tapés los ojos al conducir; aquel juego psicópata, donde yo me dejaré guiar por tu traicionero siseo.

Es risible saber que en el futuro lograrás ser escultora. Aunque no te perdonarás nunca el precio de esos bigotes tan ásperos o los dolores en tu vientre saturado por neones. Es curioso cómo tu padre se atreverá a vender tus lágrimas. Tu mamá regordeta confeccionará vestidos de lodo para arroparte con abrazos escaúcidos. El amor es una palabra que se hace con el color amarillo; tenés que utilizar poca plastilina, me decís. La palabra amor en tus labios de sol recién nacido es plástica de agua virgen, donde tu lengua rema en este momento tan perfecto. Y será mi armadura —las veces que pronuncies la palabra amor con objetos— rompiéndose contra la pared.

El amor que yo te regalaré de manera tan defectuosa y que luego cuando pretendás em-

peñarlo, asombrada te des cuenta que no tiene precio. Entonces comprenderás hasta ese momento que yo fui el pedazo de cuero más valioso que morderás en tu vida y le rogarás a la virgen otra oportunidad. Vivir de nuevo para enmendar tus errores, apreciarme y estimarte más de lo que te valora una lata de sexo. Y ese pedazo de cuero será reemplazado por el último cigarro que dejaré olvidado en tu cama antes de morir. La vida es tan corta, como tan imposible será domarte.

Pero lo que ahora tenés en la boca es un pedazo de plastilina rojo. No conocías su sabor y tuviste la necesidad de probarlo. Me compartís un tuquito, como Eva ofreció el fruto en el momento en que la profesora nos sorprende. Aunque le diga que fue mi culpa nos regaña muy feo a ambos. El sabor de la plastilina es tan horrible como vos me lo habías advertido.

Quizás atesoro este momento, porque me resulta un álef hacia tantas cosas magníficas. Construir cosas junto con vos será la experiencia más placentera de mi vida. Construir juntos la casa, el orden de la monotonía, construir juntos la manera en que nos haremos daño. Exactamente así como estás arrancándole la cabeza a mis muñecos. Tus manos tan pequeñas se enfrentarán contra el mundo, y el mundo será una filmación snuff a la que llamarás vida. Y al

encuentro del miembro contra las paredes de tu deseo colmado le llamarás amor, hasta que me encuentrés, siendo el único en la ciudad a quien no querrás hacer daño, evitándole el cielo de tu entrepierna. Y me reconocerás porque seré el único que te tomará de la mano al cruzar la carretera, y continuar con tu mano en mi mano por las calles, y esa manía que tengo de acariciar tus nudillos con mi pulgar teniéndote sujeta, hará que recordés este instante y aquel mocoso con el que jugabas en el CDI.

Cuando nos volvamos a encontrar no te contaré sobre mi horrible calentura al terminar el CDI. No podré contactarte, ni por internet. Buscaré noticias tuyas en los periódicos, en la radio, pero nadie sabrá de vos, y yo no podré aceptar que sea una de esas despedidas que serán para siempre. Aunque corriera el ridículo de presentarme como el extraño que recuerda a la persona de quien se enamoró de niño, ante unos ojos ígneos. No como los inocuos charcos de oscuridad que denotan ausencia, mientras les crece el alma malvada que amaré tanto. Hago una vaca de plastilina, una vaca azul que activa tus camanances.

Sé que después de esto comenzará la tormenta. Tu madre te dejará el cuidado de la luna para darse a la tarea de ser más plástica. A partir de hoy, después de las clases, el primer cristal

saldrá de tu almohada. Los cocodrilos sentirán ese olor a tragedia, se volverán tus ángeles de la desgracia. Yo seré la isla que entra al huracán por su propio gusto. Eso, si volvieras a rogar a la virgen otra oportunidad, y aunque te lo cumpliera, sé que no cambiaría nada. Yo volvería a ser el último de la lista, luego de una interminable hilera de desgracias. Igual vale la pena. La vida no tiene obligación de ser perfecta.

## Plaga de sapos

*Para mi amiga de toda la vida Hazel Rayo*

Cada vez que llovía, caían sapos. Eran unas enormes bolas verdes que se aplastaban contra el zinc, como si pasara una manada de hipopótamos. Luego, a raudales atascaban las calles, obstaculizaban el tráfico y rebalsaban los cauces.

En la casa teníamos tres goteras del tamaño de un puño. La primera era culpa de los cultos pentecostés de mi madre. La otra por los suculentos mangos que saludaban amarillos desde donde todo el mundo podía mirarles los calzones y sentir hambre. El tercer hoyo fue cuando puse en la madrugada un disco de Aaskereia ¡Fatal! Por eso también, yo de madrugada, me levantaba y me vengaba contra los techos de mis vecinos. Esperaba los momentos en que la noche enmudece y se puede escuchar los cantos de las ballenas en el océano.

Por esos tres orificios del zinc se filtraban los sapos hasta llenar los baldes ¿Se imaginan en la noche el croar de todos esos animales? Era peor que cuatrocientas vigiliias pentecostales o todos los discos de intestinal Disgorge juntos.

Además, era peligrosísimo, porque los muy jodidos tapaban los manjoles de las calles y más de algún intrépido moría híbrido-asfixiado. Los automóviles que se atrevían a correr bajo la lluvia siempre patinaban hasta estrellarse contra alguna inmovilidad. Bueno, no todo era defecto.

Era muy divertido si te sorprendía en el campo, mientras tal vez jugabas fútbol. Los sapos caían helados y refrescantes. Es verdad que fallábamos los penaltis. Y te pegabas unos resbalones circenses, pero era más la risa que raspones. Otra cosa divertida era con los juegos de beisbol y de tenis. Uno salía todo pringado y era imposible ganar apuestas. Cosa contraria si ibas al trabajo. Todo un atraso. Se decretaba estado de emergencia. Los otros países nos llevaban ayuda humanitaria, pero era muy difícil palear las dificultades. Teníamos que resignarnos a comer sapos. Hacer bebidas de sapos. Vestimenta de sapos. Éramos a un tiempo La Nación Sapo.

Dicen que todo comenzó, porque otra vez hicimos enojar a Dios. ¿Pero que se le va a hacer, si de todas maneras casi por todo se enoja? La otra vez hasta nos convirtió el agua en sangre ¿Se imaginan comer moronga los tres tiempos? ¡Era horrible! Tuvimos que hacer las del vampiro. Lo bueno es que ganábamos bastante vendiendo la sangre a la cruz roja. O la otra vez que

la plaga era de moscas y la pesca nos resultaba un éxito. Aprendimos a ser más callados.

Siempre hay que verle el lado bueno a la vida. Como dice el Chapulín Colorado: si la vida te da plagas, hazte una limonada ¡Ay no, así no era el proverbio! Bueno, ustedes me entienden.

## Animalada: El Pizote y el Mono

Para E.B.

*Infinitas gracias por tu invaluable gesta.*

—Mmm, las antenas no van conmigo.

—Pero mirala —dijo el mono.

—No sé —insistió el Pizote, mientras espolcaba sus náuseas.

Una cucaracha bailaba desnuda, contorsionándose en el tubo plateado del night club. En el antro, los orgasmos masculinos se cubrían con los manteles de las mesas y el beneficio de la duda.

Entre la niebla de nicotina sobresalían las cervezas de precio atmosférico, como espumosos fantasmas sudados ante la luz azul mortecina. Dos mandriles se aventaron a bailar; la torpeza etílica saboteó uno de sus pases y varias botellas sufrieron el designio del estrépito.

En la pista, las alas de la cucaracha revoloteaban, tronaban. Movía su vultuoso estómago para atrás y para adelante. Rozaba sus antenas entre sí al compás del ritmo escatológico: «Dame tu cosita, hum, hum...»

El Mono —extasiado— dilataba su baba al ver las alas sudadas y las patas peludas de la



bailarina. Palmoteaba a su amigo en la espalda cada vez que el insecto hacía un pase prodigioso. El Pizote sonreía acosado, nervioso, hastiado y del sofoque se puso a llorar.

—No jodás pizote, vos sos cochón. A vos no te gustan las mujeres.





## *Oscar Alberto Gómez Salas* (Managua, 27 de agosto, 1991)

**N**ació en San José, Costa Rica, hijo de Anna Karina Salas y Óscar Alberto Gómez, ambos de ascendencia nicaragüense.

Vivió con sus abuelos maternos los primeros 10 años. Creció viendo a papá sufrir la universidad y sobrevivir su maestría en INCAE (Alajuela, Costa Rica), donde disfrutaba como nadie el campus.

Terminada la maestría de su padre volvió a San José y se reunió con sus amigos de su antigua escuela. Luego, viajó a Managua, por primera vez, transición que recuerda compleja. Ingresó al Colegio Calasanz, pero no fue bien recibido. Meses después, se trasladó al colegio Mántica Berio de Chinandega, donde estudiaban sus primos y su abuela era la directora.

Volvió a San José y cursó cuarto y quinto grado en su antiguo Colegio Calasanz. Hizo amigos, se enamoró, y escribió sus primeros versos. Lloró, cuando le

dijeron que volvía al Colegio Calasanz de Managua, donde concluyó la primaria.

En el Colegio Centroamérica de Managua estudió su secundaria. Aquí tuvo sus mejores amigos y se enamoró de la lectura y la escritura por su profesor «Migui». En la UAM estudió Marketing y Publicidad por un año. En 2011 ingresó a la UCA a estudiar Psicología que terminó en 2015. En 2016, mediante concurso, obtuvo un puesto en un taller de creación literaria con el escritor Sergio Ramírez en la Fundación Luisa Mercado.

## Semaforientos ojos

De Villa Fontana al norte, bajando hacia la gasolinera Petronic, hay un semáforo de esos que generan cientos de empleos. De los que aglomeran vendedores ambulantes, abusivos limpiadores de parabrisas, cínicas madres que cargan a sus pequeños hijos para conmovier a conductores extranjeros, discapacitados que explotan sus desventajas para hacerme sentir culpable por haber nacido completo y demás finos elementos del paisaje.

El semáforo de la Petronic atrae al necesitado, muy parecido, como un oasis en el desierto atrae a la fauna salvaje; y, dentro de esa fauna, ha aparecido un nuevo elemento que llamó mucho mi atención: el malabarista de bohemio con talento. Lo que me llamó la atención no es lo de «malabarista» ni lo de «bohemio». Lo que me parece curioso es que en un semáforo haya alguien con talento en algo y lo use para ganarse la vida.

Este en particular es un gran malabarista. Tres pinos por delante, los pasa por atrás y los de revés; se los posa en el pecho, los finta con el pie, los gira entre sus dedos y ¡zas!, lo agarra por sorpresa.

Milton —decidí que tiene cara de Milton—

sabe muy bien lo que hace y sabe cuándo le sale algo espectacular. Lo reconoce con una media sonrisa y un guiño al público que, obligado por la luz roja, no le queda de otra que amarlo por lo que dura el martirio. Parece no ver la trayectoria de los malabares, la ignora. Él la siente entre sus dedos, sospecho. La práctica lo hizo maestro y el semáforo nos convirtió en espectadores.

Fue martes el día en que noté todo esto. Se puede decir que, en cierta medida, llegué a conocer a Milton. Su obsesión con la armonía en sus movimientos, el placer de la ejecución perfecta y la aversión a voltear a ver sus pinos en el aire.

Él estaba frente a mi carro, que era el primero de la fila. Yo iba camino al trabajo con una colega, de esas con las que quisieras más que una relación laboral. Se imaginarán el tipo: de ojos grandes, ojos claros, que restan importancias. Que entre azules, verdes o grises no admiten distinciones, pues, o son de los tres colores, o de ninguno. Ojos que no necesitan sonrisa que los acompañe para hacerte sonreír. Sospecho que son ojos que no necesitan estar abiertos para ser bonitos; verla durmiendo me sacaría de la duda, si encuentro la manera.

Bueno, la cosa es que Milton estaba frente al carro viendo directamente a los ojos de mi maravillosa y monumental colega. Y, pues, no lo

culpo, yo haría lo mismo. Es más, lo hago cada vez que puedo. El problema es que yo no podía hacerlo sin el miedo a ser evidente, intrusivo o ridículo. Estos miedos, a Milton, evidentemente le eran ajenos. La veía y la veía. Lo vi sonreírle a su sonrisa, tocarle las pupilas con la mirada, contarle las pestañas y robarlas para su álbum de memorias. Lo envidié tanto, ¡yo quiero el derecho!, ¡exijo la oportunidad!

Yo quería ser malabarista semaforista, fauna urbana, bohemio y sucio, colorido, y talentoso. Si esos son los ojos que en los tuyos se sumergen sin temores, esos son los ojos que quiero para mí. Pero no. Yo tengo que seguir disimulando.

El semáforo dura... ¿cuánto? ¿Cuatro minutos? No sé, pero, como todo, llegaron a terminar. Y Milton como que no entendía que su ventana se había acabado. Esperé, dejé que pitaran los carros de atrás y lo dejé en su gloria con los ojos de nuestra obsesión. Me gusta pensar que el haría lo mismo por mí.

Eventualmente, entendió que era momento de moverse y no detener el proceso vial capitalino. No fue un proceso rápido. Tomó sus pinos con una mano, nos ofreció una humilde y sonriente reverencia; estiró su mano izquierda hacia la bolsa de atrás de su pantalón y sacó algo que me hizo replantear la envidia que sentí, segundos antes, por sus ojos: un bastón para ciegos.

## **Ruido**

Eran las 3 de la mañana en San José, Costa Rica, cuando un sonido agudo y penetrante envolvió mi cuarto. Era algo así como el chillido de un ratón, las uñas en una pizarra y el dedo sobre cristal mojado; todo al mismo tiempo y a un volumen que se acercaba peligrosamente a lo doloroso.

Grité, preguntando de dónde venía y quién podía pararlo. El sonido de mi voz no lograba llegar, ni siquiera, a mis oídos. Evidentemente, no obtuve respuesta de nadie. Salí a la sala con las manos en los oídos; toda mi familia estaba ahí con la misma expresión de desagrado y molestia. Las niñas lloraban; todos estábamos muy irritados.

Salí a la calle a buscar la fuente del ruido. En la acera estaban los vecinos; algunos tenían las manos en sus oídos y todos veían hacia los lados o hacia arriba. Nadie sabía de dónde venía. Fue sorprendente ver pasar un helicóptero del ejército; daba la impresión de ser algo importante.

Pasaron dos horas y el sonido no se detenía, no se atenuaba y no cambiaba en lo más mínimo. Me fui a asomar al televisor con mis papás. No había audio, solamente letras e imágenes.



El ruido no era en mi barrio, mi ciudad o mi país; era un fenómeno global, y nadie sabía de dónde venía. Las redes sociales lo confirmaban. Todos estábamos despiertos, irritados, preocupados y profundamente intrigados por el ruido insoportable que hacía imposible que nos comunicáramos. Y, evidentemente, que descansáramos.

Pasaron semanas... y el ruido seguía ahí. Los taponos para oídos se convirtieron en el accesorio indispensable y todos aprendimos a comunicarnos por señas. Nos enviábamos mensajes de texto aun estando en el mismo espacio; teníamos pizarritas portátiles y arrojábamos gestos pronunciados. Ya no nos preocupábamos por emitir sonido; empezaba a ser evidente que era totalmente inútil.

Los carros dejaron de tener pito y las sirenas de la policía ya no cumplían su función. Compañías enteras cayeron en banca rota al no lograrse adaptar a las nuevas modalidades y vías de comunicación. La economía se afectó profundamente por la contaminación auditiva.

Rápidamente, los que podían costearlo, aislaron sus casas o habitaciones del ruido, logrando bajar un poco el volumen del nuevo ambiente. Surgieron «cafeterías silenciosas», donde se aislaba el ruido o se disfrazaba con sonidos del «viejo ambiente» o ruido blanco. Este tipo de nuevos establecimientos era tan costoso

que solo una mínima parte de la población tenía acceso a un ambiente tolerable. Un trabajador promedio no experimentaría más calma que la que le pudieran proveer sus tapones de oídos.

Pasaron años... y una generación entera de niños, nunca habían experimentado un mundo sin ruido. A estas alturas, se le dejó de llamar «ruido», no se le llamaba de ningún modo. El lenguaje de señas se convirtió en el lenguaje universal, dejando los fonemas para las pudientes clases de los países más poderosos que lograban —y aun les interesaba— aislar espacios del ruido. Era tanta la adaptación, que no era una molestia en lo más mínimo.

La música se adaptó al chillido, convirtiéndolo en el centro de toda producción; las películas volvieron a ser mudas; el teléfono desapareció; la industria, la sociedad y, en términos generales, el ser humano, convirtió al ruido en parte de su vida.

Gritar de enojo, sollozar de dolor y gemir de placer fueron consideradas conductas que indicaban trastorno mental. Se perdió la noción de la voz; de la sensualidad de la voz femenina, del sonido agudo y el grave. La monotonía de la nueva ola musical que integraba al ruido, mató a la música.

Los niños ya no pensaban en función de sus voces, si no en sus letras y señas. Ya no era

necesario enseñar a convertir palabras escritas en palabras verbalizadas y viceversa. Con letras bastaba.

Los abuelos éramos los únicos que sabíamos hablar, y ya no teníamos con quién. Éramos una reliquia de un mundo distinto: los que sabíamos que había un ruido. Ya ni siquiera nos preguntaban cómo era el mundo de antes; ya estábamos hartos de dar nuestros testimonios escritos a canales de televisión documental. Pronto, ya no quedó ni uno solo de nosotros.

Hoy... el ruido se detuvo y me muero por ver qué va a suceder.

## **La música era terrible**

Siempre odié los conciertitos de bandas jóvenes y desconocidas en barcitos oscuros y pequeños. No le encuentro gracia ver crecer a un grupo de púberes hacia el olvido. Pero estaba en uno. ¿Por qué? Por trabajo.

Yo manejo el paquete de redes sociales de una marca emergente de ropa, tan emergente que no tiene tienda. Una de mis labores es hacer concursos en las que los productos de la marca sirven como premios; pero, al no tener tienda, tengo que ponerme creativo con la entrega de la mercancía a los afortunados ganadores.

Este concierto parecía el lugar perfecto para hacer la entrega, tomando en cuenta que también, manejo las redes del bar y a nadie le sobran un par de cervezas en un caluroso viernes de abril.

La música era algo terrible: el baterista no tenía ritmo, el bajista no tenía tempo y la vocalista exigía más atención de la que se merecía; pero lo mejor era el guitarrista, que no entendía que los demás instrumentos también necesitaban oírse.

Chernóbil fue para la contaminación radioactiva lo que estos muchachitos son para la audi-

tiva. Además, estaba oscuro, olía a cerveza derramada y, los tres «fans» que tenían, cantaban los coros de sus canciones y dramatizaban el resto, convirtiéndose en verdaderas marionetas del espanto.

Yo, por todas esas razones, ya estaba de mal humor. Trataba de enfocarme en los resúmenes deportivos de los televisores de la barra, pero los alaridos de la vocalista me tiraban de un codazo a la realidad. Yo sólo esperaba al dueño de la camiseta, que me dijo que él sabe quién soy yo, que él me reconocería; así que yo esperé y esperé. Vi tres veces el mismo Top 10 de ESPN; me tomé 8 cervezas y me fumé como 12 cigarros y el hijueputa no aparecía. Ya estaba de verdad molesto.

Veía alrededor para ver si miraba a alguien buscando a alguien, pero nada. Vi a mujeres viéndome —naturalmente— y a meseros pendientes de mí —más naturalmente aún—, pero no vi a nadie que calzara en el perfil. Lo único que llamó mi atención fue un negro más feo que una patada en los huevos en ayuno que no paraba de verme con el ceño fruncido y cara de malo. Lo vi a los ojos y le levanté el mentón, tal vez era el imbécil, al que andaba buscando desde hace horas, pero no respondió y apartó la mirada.

Ya no me sentía bien, tenía que entregar esa mierda hoy o iba a tener que venir nuevamente mañana a esta ratonera. El que me aseguró que nos veíamos ahí 3 horas antes, no aparecía. Ya me sentía borracho. La cerveza estaba caliente y el negro hijo de la gran puta no paraba de verme.

Tres veces más le hice ademanes para ver cuál era tanta su verga y siempre me terminaba quitando la mirada. Ya me tenía podrido la situación, pero el prójimo cara de baboso es el que me estaba quitando toda la paciencia. ¡No paraba de verme con esa cara de enfermo y me tenía loco!

Tenía que irme y así decidí hacerlo. Pagué la cuenta, que no salió barata, y caminé por la acera hacia el parqueo de tierra en el que dejé la camioneta que ebriamente manejaría hasta mi casa. Me detuve en mi tambaleo para encender el cigarro que me fumaría en el camino y vi al hijueputa caminando en la misma dirección que yo. Ya vamos a ver cuál es el problema de mierda —me dije, mientras aceleraba el paso.

El parqueo estaba oscuro y lleno de carros; no había nadie en él. Todo grito resultaba estéril, pues el único en oírlos no contestaba.

Vi que caminaba directamente en la dirección de mi carro, mientras yo le gritaba. No volteaba a verme; eso me molestaba más y más. Ya sen-

tía el corazón acelerado; la cara roja y bufaba como toro; mientras le gritaba con la más grave de mis voces: ¡Volteame a ver enano, hijueputa o te juro que te mato! No volteaba a ver...

Sacó la llave de un carro, aceleradamente, y se le resbaló de las manos antes de poder usarla para abrir el carrito siguiente al mío. Lo agarré del cuello, lo pegué a la ventana.

—Quedame viendo ahora hijueputa, ¡quedame viendo! —le dije con contundencia al oído, mientras aplastaba su carita contra el vidrio de su carro— ¡Pero contestame!

El niño no me quedaba viendo y empezaba a sollozar. ¡Nada molesta más que el llanto cobarde de un joven adulto!

—¡Pero quedame viendo, flor! —y lo golpeé con el codo en la cara. Cuando lo vi caerse, me sentí tan molesto por su falta de respuesta y su fragilidad que pateé una vez en las costillas; una vez más en la cara y otra, en la cabeza. ¡Pero reaccionó! —le dije ya entre risas y escupitajos.

Él lloraba sin quitarle los ojos al suelo y agarrándose la cabeza. En este momento, no estoy seguro de haber estado enojado o de simplemente estarlo disfrutando. Lo agarré del pelo, le medio levanté la cabeza y le pedí que me mirara a los ojos. No lo hizo. Perdí la cabeza.

Agarré un medio adoquín del suelo y le pegué

una, dos, tres veces en la sien. El mariconcito estaba desmayado; ya no podía verme o contestarme. Puse su asquerosa fragilidad detrás de la camioneta, me monté en ella, la encendí, prendí las luces, la radio, subí el volumen, bajé las ventanas y retrocedí mientras escuchaba, crujido a crujido, como aplastaba a la cucaracha con mi lodosa bota de trabajo. Si les contara la excitación que eso me provocó me juzgarían y por eso me lo reservo, pero fue como ser masturbado por las manos de un ángel.

Di la vuelta, aceleré y me fui lo más rápido que pude en un estado de euforia que rápidamente se convirtió en pánico. Yo no quería ir preso. Lloré todo el camino a mi casa. 25 años en la cárcel, mejor me suicido —me decía.

No sabía si alguien me había visto; si alguien apuntaba las placas de los carros que se parqueaban ahí o si mis huellas digitales podían ser encontradas y cotejadas en un país como éste. No sabía, pero yo ya me veía enfrente de mi mamá llorando por tener un hijo enfermo. A estas alturas, ya no me sentía ebrio, me sentía loco.

Llegué a mi casa, me fumé medio cigarro y me enlavé en el pánico durante todo lo que restaba de la noche. Supongo que dormí en algún momento —no estoy seguro— pero soñé tres suicidios y 89 años en la cárcel.



Me levanté en la mañana a desayunar con mi familia, aplastado por la peor angustia y miedo de mi vida. Veía todo en cámara lenta y cada sonrisa de mi mamá me hacía sentir aún más culpable.

Mi abuela, que siempre comenta los sucesos que ve en el 8, apareció con cara de historia:

—¿Vieron al chavalito autista que mataron ayer en el parqueo de ese bar rockero raro? Qué pecado. Primera vez que salía de su casa, iba a buscar un premio, dicen las noticias.





## *José Luis Calero Espinoza*

**(Granada, 07 de agosto, 1994)**

**P**rimogénito del matrimonio de Luis Ángel Calero Espinoza y Johanna Mercedes Espinoza Espinoza. Su padre sostuvo a su familia laborando como sastre y después hasta hoy como matarife; su madre era ama de casa.

Cursó la primaria con sólo cinco años de edad destacándose hasta egresar de sexto grado como mejor alumno del colegio Mercedes Mondragón. Al iniciar su secundaria a pesar de la separación de sus padres, bulling, traumas, escases de recursos económicos, siguió siendo un destacado alumno, ganando y siendo finalista en concursos de oratoria, olimpiadas de Lengua y Literatura, dibujo, poesía... Se bachilleró en el 2011 en la misma escuela en que curso su primaria.

En el 2013 se inscribe en el Instituto Técnico para la Administración y la Economía INTAE Granada, Bldkar Muñoz, para estudiar la carrera técnica de conta-

bilidad básica, en el mismo donde estudia un curso de legislación tributaria y aduanera.

En el 2015 estudia arte gráfico y dibujo técnico, Fundación Casa de los Tres Mundos, y participa en actividades culturales de poesía. Actualmente es el coreógrafo de comparsa independiente de Granada «Piratas Guerrero Xoltxire». Estudia la licenciatura de Contaduría Pública y finanzas en la Universidad Hispanoamericana HUISPAM.

## Así terminan

Ésta era una pequeña granja, donde el pecado, incluso a los animales, dominaba. Capital de males, siete desagradables cualidades destructivas. Estos, pues, eran el cerdo, la gallina, una cabra, un perro, un caballo, una vaca y un pavorreal.

El cerdo, que por gula tanto comía —sin darse cuenta que muy mal hacía— por goloso y por glotón, aunque estuviese lleno, engordó tanto, que se le vio apetecible y fue sacrificado para una fiesta de gran banquete. Así son las personas con gula, que cuanto más tienen, más quieren, y terminan sin nada y sin nadie, solas y sin el buen provecho de lo que consumieron.

La gallina que podía poner muchos huevos, le entró la avaricia que, pudiendo poner muchos, por tacaña no quería compartirlos con los dueños que le daban cuido y que comer, y fue sacrificada. Así son las personas avaras que no comparten, cuando tienen y por consecuencia les esfuma la solidaridad y generosidad y terminan solas, sin nada y sin nadie, muy vacías, aunque muchas riquezas tengan.

La cabra envidiosa, viendo como acariciaban al perro, decidió jugar como él, pero en un fallido intento se facturó una pata y al verle así

fue sacrificada. Así son las personas llenas de envidia que deberían agradecer a Dios, porque el prójimo ha sido bendecido; pero segregan celos y sus allegados poco a poco se alejan de estos y terminan solas, sin nada y sin nadie y sin lo que desearon poseer.

Mas el perro lujurioso, no tenía en cuenta que no le era provechoso que se reprodujese tanto; pero era tanta la lujuria que a cada rato procreaba, por lo que fue castrado, le dio una infección y al verle así fue sacrificado. Así son las personas llenas de lujuria que por el deseo carnal que está de más, destruyen hogares, contraen enfermedades o traen al mundo a un ser no deseado para que viva de una manera bastarda o peor aún asesinando al pobre e inocente ser que aún no nace, y por sus pasiones desordenadas y excesivas, tales personas y terminan solas, sin nada y sin nadie y que aunque teniendo un orgasmo o muchos se sienten insatisfechos.

El caballo perezoso, no queriendo cabalgar para el ganado arrear, se le forzó al triple de la faena terminar, por cansancio desmayo y al verle que no rendía fue sacrificado. Así son las personas que no les gusta trabajar y por holgazanas se quedan solas sin nada y sin nadie, omitiendo lo que el señor dice «el que no trabaja, no coma»; y por lo tanto terminan trabajando

el doble de lo que deberían y les gana la fatiga por su pereza.

La vaca, con ira que últimamente se le había apoderado, no podía como antes ser tranquilamente ordeñada; si no que con enojos mugía, se agitaba y con furia pateaba los cubos y a los ordeñadores; por eso al verle de esa manera fue sacrificada. Así son las personas que por tanta ira se les amarga el alma, pierden el control y por su mal genio se quedan solas sin nada y sin nadie, eufóricas, con áspero carácter con tanta amargura y sin paz en su corazón.

El pavorreal, soberbio y arrogante, con mucho orgullo y prepotencia, se sublevaba ante los demás por su bello y majestuoso plumaje, cual fantasioso del que tanto presumía. Lo mostraba tanto, que al admirar las bellas plumas, les fueron cortadas de su cola, y decepcionado enfermó de tristeza y al verle así fue sacrificado. Así son las personas soberbias que por presumir, por orgullo, prepotencia y arrogancia, arrastran en sí los otros seis pecados y muchos otros más, siendo tales persona despreciables y repugnantes y por tal altivez terminan solas, sin nada y sin nadie ya que la soberbia como ya todo mundo sabe, es la madre de todos los pecados y la que riñe contra el amor y la paz de nuestros corazones.

Pero los animales no tienen culpa de tales

comportamientos pecaminosos y repugnantes, ya que no tiene conciencia y si la tuviesen creo que serían más humanos que nosotros. No seamos tercos, no deberíamos los seres humanos así terminar, solos, sin nada y sin nadie. Sólo debemos evitar estos bajos y abominables comportamientos; porque nosotros si conocemos el bien y el mal, lo que es correcto y lo que no, y si nos equivocamos una vez o muchas veces, practiquemos el amor y el perdón que Dios no enseñó para un mundo mejor y en paz.



## Xóchitl y Tepetl

Allá por La Laguna de Apoyo vivía Xóchitl — que en náhuatl significa flor— hija bella y única del cacique de esa pequeña tribu; llamada así por su sublime belleza pulcra y divina.

Cierto día Tepetl —que significa cerro— llamado así por su gran hermosura masculina, joven robusto y fuerte como un cerro, chocó su suave mirada con los ojos afables de Xóchitl. En escapadas secretas iban a las orillas de la laguna a encontrarse contemplando uno la belleza del otro; pero el cacique se dio cuenta de lo que ocurría y lleno de celos por su jovial y dulce hija decidió apresar y matar a Tepetl por haberse metido con su hija. Al darse cuenta Tepetl, preocupado huyó.

En el camino encontró a un chamán y le pidió consejo por lo ocurrido, esperanzado en una solución. El chamán le dijo: ni el dios de la lluvia, ni del sol, ni del maíz, ni del cacao podrían apaciguar la ira del cacique contra vos, sino el Dios que creó las estrellas los cielos y todo el cosmos y lo que se mueve en el mundo, —es el Dios todo poderoso señor nuestro— porque él está lleno todo de amor. Así le invocaron en oración y al terminar el chamán dio consejo:

—Sólo por tu infinito amor y gran fe podrás

salvarte de la furia del cacique y juntarte con tu amada Xóchitl.

Sólo de esa manera triunfaría Tepetl con el poder del amor y la gracia divina de la fe. Mientras todos dormían en la tribu, Tepetl sorprendió a Xóchitl en su lecho interrumpiendo su sueño y le convenció para que huyesen; pero era tanta la hojarasca, que hicieron ruidos con sus pies descalzos y alertaron al ejército de la pequeña tribu y más fue el escándalo con el inmenso grito de ira del cacique enfadado porque su hija, según él, había sido raptada.

Mientras huían de las flechas, hachas, y fuego del ejército del cacique, Tepetl sólo llevaba un bolso de cuero, lleno en su interior con una bola de pelos, un poco de pinol y una jícara. En el trayecto del escape recordó las palabras de chamán «ten fe y gran amor» y casi por alcanzarlos los flecheros, Tepetl sacó del bolso de cuero la bola de pelos y se las lanzó a los flecheros que adelantaban la persecución. De repente, de la nada salieron panteras, pumas, tigrillos y jaguares, fieros animales que los devoraron a todos.

Sin importarles lo ocurrido, ahora formados de frente, les seguían los que estaban armados con hachas. Al ver Tepetl que casi eran alcanzados, les lanzó el puñado de pinol... Ellos, riéndose, mientras seguían corriendo. Pasaban

en ese momento, entre barrancos de talpuja, en el cual se originó un gran alud y sepulto a los que seguían a la pareja con hachas. Mientras el polvo nublaba la vista del resto del ejército, Tepetl y Xóchitl aprovecharon para huir más de prisa.

Habiendo recorrido grandes distancias para escapar, subieron a un gran árbol para camuflarse. Subieron al frondoso árbol en la cuenca de un profundo arroyo, ya casi seco y descansaron en sus gruesas ramas. Durmieron toda la noche, como si fuese cama para descansar.

En tanta búsqueda, ya al amanecer, la tercera parte que quedaba de los guerreros del cacique, los que venían con fuego, lograron verles y decidieron quemar el árbol en el cual se refugiaban. Tepetl despertó asustado por el humo; se dio cuenta de lo que ocurría en el momento. Buscó en su bolso y sólo tenía la jícara vacía. Él y Xóchitl, más con esperanzas que temor, escupieron dentro de la jícara y la dejaron caer al suelo. Confundido y con sarcasmo dijo en cacique:

—Pensás que con unas cuantas gotas de saliva has de apagar estas llamaradas... la maleza que hemos puesto alrededor de este árbol ya se ha consumido y empieza a arder el tronco para que caigas y te quemes junto con esta traidora... ya me di cuenta que fue con su propia

voluntad que decidió escapar a tu lado y para que paguen por tu cometido, infelices.

Mientras rodaba la jícara, después de haber caído al suelo, llegó a los pies del cacique y al recogerla para burlase de Tepetl, una gran cantidad de agua llenó agresivamente el casi seco arroyo y su honda cuenca. La fuerza de la corriente arrastró y ahogó al cacique y a los que querían quemarles, mientras ellos, desde lo alto del árbol, esperaban que se apaciguasen las aguas.

De este modo, Tepetl, y Xóchitl compararon el final de los guerreros y del cacique y su ansiado triunfo y comprendieron que la guerra y el odio no dejan nada bueno y que con paz, amor y fe todo se puede lograr.

## Los piratas guerreros y Xoltxiré

Son los primeros años de la colonia. A los conquistadores les faltan bastantes indígenas que esclavizar. Fuertes y aguerridos, los darianes y chorotegas, de sangre vigorosa y fe sin soberbia ni ambición, lucharon para imponerse ante el opresor español.

Los conquistadores al ver la resistencia indígena, idearon un muro que separase la ciudad colonizada de los asentamientos de los nativos, llamado Xalteva; pero aun así aprovecharon en invadir sus territorios y raptaron al gran cacique que gobernaba aquella tribu. Un grupo de indígenas logró escapar con la pequeña hija del cacique, Xoltxiré, quien consciente de lo que ocurría, se lamentaba mucho lo que su pueblo sufría. Juró tomar en vida al gobernante de la región en venganza de que su padre, el cacique, fue raptado y porque también les fue robada su libertad.

Pasaron los años... Xoltxiré, ya joven, agraciada, inteligente, fuerte y luchadora, como mujer latina, la mujer mestiza, la mujer nicaragüense, se dio cuenta, por los esclavos de las casas de los nobles, que vivían en la colonia de Granada; que por fin, aprovechando la situación, el cabildo pasaba por un momento de crisis en su administración; ya que, por un movimiento en falso el

rey lo destituiría de su cargo por incompetente.

El gran problema por el que pasaba, era el de los constantes ataques de los piratas ingleses; los saqueos de la ciudad y la falta de pericia e ingenio de este señor para defender al pueblo colono de aquella época.

Contactó Xoltxiré a los piratas por medio de los indígenas, los darianes y chorotegas, que vivían refugiados en las isletas del gran lago Cocibolca y les contó un plan para que acabasen con el mandato del cabildo y con las crueldades que cometían contra los nativos y afrodescendientes. Mandó Xoltxiré a que los esclavos robasen parte de la ropa de los hidalgos españoles de las casas señoriales, para camuflar a los piratas guerreros como colonos de España y así pasar inadvertidos e infiltrarse en las casas de los nobles y saquear las riquezas que ellos saquearon a esta tierra y a quienes la habitaron primeramente.

Llegaron los piratas ingleses a las tierras de Xalteva; aún más allá, donde los nativos se refugiaban y quedaron admirados por la belleza de Xoltxiré. Ella posaba sola con vestuario indígena, de alto penacho de piedras y plumas rojas, que adornaban como gran corana su cabeza y una armazón de plumas amarillas sobre sus hombros, que daba la espalda al occidente donde se oculta el sol.

Era el ocaso y los rayos naranja sobresalían

del centro de la figura de Xoltxiré. Ella eclipsaba al sol moribundo del atardecer. Los piratas guerreros creyeron que se trataba de un ser divino que salía en busca de ellos, por misericordia de sus almas. Por su parte, los indígenas también creyeron que irrespetarían a Xoltxiré. Por eso, se ocultaron en los árboles y rocas; pero al ver que los ingleses estaban asombrados por su figura pulcra, ellos se inclinaron y tan sólo preguntaron su nombre. Ella les habló del plan, pero con el favor de que no hicieran más daño; que sólo destituyeran al cabildo para que quedase mal ante el rey y la corona española.

Ellos hicieron lo planeado, pero sin tomar vidas inocentes. Se llevaron el botín y las riquezas explotadas por los españoles, y muchos regalos que los nativos ofrecieron. Aclamado por la gran ayuda de la muchacha, decían a gran voz, mientras partían por las aguas del Cocibolca: ¡somos los piratas guerreros, Xoltxiré!

De esta manera, corrió la historia de la hazaña de la joven; para que tomasen conciencia los colonos de lo terrible que es ser hijo de su propia tierra y se las despojen junto con sus riquezas y sobretodo junto con su libertad; el más precioso don, madre de la sabiduría y aplastamiento de la ignorancia, que a los hombres dieran los cielos.

**A**cción Creadora Intercultural (ACIC), como su nombre lo indica, es una asociación que promueve el libro y la lectura, la creatividad, la imaginación, la libertad, la interculturalidad, y tantos valores de los niños, la juventud, el magisterio, y los artistas en general de Nicaragua.

En el marco de la Jornada «Edgar Escobar Barba», ACIC convocó al Primer Concurso de Narrativa Breve, que lleva el mismo nombre del escritor co-fundador de esta asociación. El concurso tuvo una respuesta muy positiva por la cantidad y la calidad de los trabajos recibidos.

Este libro contiene 23 piezas narrativas que resultaron seleccionadas de seis jóvenes escritores de los departamentos de Managua, León, Masaya y Granada. Estos cuentos nos reflejan qué piensan los jóvenes de la vida, el mundo y el ser, qué temáticas les preocupa en sus edades y cómo las abordan, qué técnicas narrativas aprecian y dominan como forjadores de nuevas realidades literarias.

Encontramos diversos temas y variados estilos: desde las preocupaciones cotidianas sobre un accidente, una sala de hospital, el medio ambiente, las lecciones que aprendemos de los pájaros, el planeta y sus virtudes, el bosque y sus rebeliones, el sueño y la realidad, el amor de una madre, hasta el juego, el hacerse el sordo, la fantasía de una niña, el miedo, las interrogaciones, el insomnio, la angustia...

*Pedro Alfonso Morales*

Telica, 06 de julio, 2016